

Organización socio-cultural de la forma de vida trashumante en el norte chico chileno

The socio-cultural organization of transhumant lifestyle in Chilean norte chico

Francis Villagrán Azócar* <https://orcid.org/0000-0002-8136-7351>

Resumen

Este artículo examina las estrategias adaptativas de las comunidades trashumantes en el Norte Chico chileno, frente a transformaciones territoriales provocadas por actividades extractivas y modificaciones en regímenes de propiedad. A través de una metodología cualitativa que combina etnografía, análisis espacial y revisión documental, se analiza cómo estas comunidades mantienen y transforman sus prácticas de movilidad territorial. Los resultados evidencian que la persistencia de la trashumancia se basa en una territorialización flexible articulada en tres componentes fundamentales: una red de rutas que refleja conocimientos ambientales acumulados, un sistema de majadas como infraestructura de movilidad, y mecanismos de transmisión cultural adaptados a nuevos contextos. Se argumenta que estas estrategias adaptativas constituyen un importante repositorio de conocimientos sobre la gestión sostenible de territorios áridos, especialmente relevante en contextos de cambio climático y presión territorial.

Palabras clave: Trashumancia, movilidad pastoril, territorialidad, adaptación ambiental, Norte Chico chileno.

Abstract

This article examines the adaptive strategies of transhumant communities in Chile's Norte Chico region in response to territorial transformations caused by extractive activities and changes in property regimes. Through a qualitative methodology combining ethnography, spatial analysis, and document review, it analyzes how these communities maintain and transform their practices of territorial mobility. The results show that the persistence of transhumance is based on flexible territorialization articulated into three fundamental components: a network of routes reflecting accumulated environmental knowledge; a system of majadas (seasonal settlements) as mobility infrastructure; and cultural transmission mechanisms adapted to new contexts. It is argued that these adaptive strategies constitute an important repository of knowledge about the sustainable management of arid territories, especially relevant in contexts of climate change and territorial pressure.

Keywords: Transhumance, pastoral mobility, territoriality, environmental adaptation, Chilean Norte Chico.

Fecha de recepción: 06-05-2025 **Fecha de aceptación:** 15-10-2025



Este artículo analiza el modo de vida trashumante en Chile a través de las comunidades del Norte Chico, con el objetivo de comprender cómo estas poblaciones han desarrollado estrategias adaptativas que les permiten persistir frente a diversas presiones contemporáneas sobre el territorio. La trashumancia, entendida como un sistema de movilidad estacional que aprovecha diferentes pisos ecológicos para la cría de ganado, constituye no solo una actividad económica sino un modo de vida integral que estructura relaciones sociales, conocimientos ambientales y prácticas culturales específicas (Chambers & Conway, 1992). Esta práctica milenaria representa una adaptación sofisticada a las condiciones de aridez y variabilidad climática del Norte Chico, configurando un sistema socioecológico que ha demostrado notable resiliencia a través del tiempo.

La problemática central que aborda esta investigación emerge de la aparente contradicción entre la intensificación de presiones territoriales contemporáneas y la persistencia del modo de vida trashumante. Por un lado, la expansión de actividades extractivas, particularmente la minería, ha generado impactos significativos en ecosistemas frágiles y ha restringido el acceso a territorios tradicionalmente utilizados para el pastoreo trashumante (Molina, 2013). Simultáneamente, los procesos de formalización y privatización de la tierra han fragmentado espacios anteriormente gestionados bajo regímenes consuetudinarios, imponiendo lógicas de delimitación territorial incompatible con la movilidad estacional. El desarrollo acelerado de infraestructura vial, energética y productiva ha interrumpido corredores tradicionales de movilidad, mientras que los impactos del cambio climático han alterado patrones de disponibilidad de forraje y agua, obligando a modificar prácticas históricas. A pesar de estas presiones convergentes, las comunidades trashumantes del Norte Chico continúan reproduciendo su modo de vida, adaptando sus prácticas territoriales sin perder los elementos fundamentales que definen su identidad cultural y su relación con el territorio.

* Escuela de Gobierno, Universidad Adolfo Ibáñez. Santiago, Chile. Correo electrónico: francisvillagran@gmail.com

La trashumancia ha evolucionado desde enfoques predominantemente económicos hacia aproximaciones que reconocen sus dimensiones territoriales y culturales. El marco conceptual de este análisis se construye sobre tres pilares teóricos fundamentales: (1) Territorialidad móvil: Siguiendo a de Jong *et al.* (2022), entendemos la territorialidad trashumante no como control exclusivo de espacios delimitados, sino como prácticas que conectan múltiples espacios mediante movimiento. Esta perspectiva cuestiona concepciones estatales basadas en fijación espacial, reconociendo que “no hay una comunidad dentro de un territorio, sino un territorio dentro de un sistema de lazos y fronteras sociales” (de Jong *et al.*, 2022, p. 21). (2) Resiliencia socioecológica: Adoptamos el concepto de Berkes & Folke (1998) sobre capacidad sistémica para absorber perturbaciones manteniendo funciones fundamentales.

Crucialmente, se evita aplicaciones mecánicas que invisibilizan relaciones de poder, entendiendo la resiliencia como proceso político-cultural de negociación de persistencia territorial. (3) Sistemas socioecológicos: La trashumancia constituye una configuración donde componentes sociales y ecológicos se entrelazan inseparablemente (Berkes & Folke, 1998), superando dicotomías naturaleza-cultura y reconociendo que prácticas humanas coproducen activamente los paisajes que habitan.

A pesar de la creciente atención académica a las prácticas trashumantes, persiste una brecha en la comprensión de cómo estas comunidades responden concretamente a los desafíos territoriales contemporáneos. Si bien existe abundante literatura sobre la trashumancia histórica en la región andina (Hidalgo, 2004; Jurado, 2013), se conoce menos sobre las estrategias específicas que las comunidades actuales desarrollan para adaptar sus prácticas de movilidad, organización social y producción frente a nuevos escenarios.

El Norte Chico presenta características distintivas que justifican su estudio específico: como región semiárida intermedia (27° y 32° latitud sur) con población mestiza, incluyendo comunidades diaguitas principalmente en el valle del Huasco, ganado caprino e integración histórica a mercados regionales, configura un contexto diferenciado de los casos andinos de altura del extremo norte, típicamente asociados a poblaciones aymaras y atacameñas con ganado camélido. Esta especificidad genera dinámicas adaptativas particulares que requieren análisis situado.

Esta investigación busca contribuir a reducir esta brecha, planteando como pregunta central: ¿Cómo las comunidades trashumantes del Norte Chico chileno reorganizan sus prácticas espaciales y sociales para enfrentar las presiones contemporáneas sobre sus territorios tradicionales?

Esta investigación contribuye específicamente al campo de estudios sobre trashumancia mediante tres aportes centrales que amplían el conocimiento existente. Primero, proporciona documentación sistemática y georreferenciada de la red trashumante del Norte Chico, identificando aproximadamente 400 majadas y reconstruyendo áreas de movilidad que abarcan entre 10.000 y 20.000 km², llenando un vacío empírico respecto a la extensión territorial real de estas prácticas. Segundo, diversifica el espectro conocido de trashumancia chilena más allá de los casos andinos de altura ampliamente estudiados: mientras la literatura previa se ha concentrado en poblaciones indígenas aymaras y atacameñas del extremo norte con ganado camélido, este estudio analiza un contexto distintivo, caracterizado por población mestiza, ganado caprino, e integración histórica a mercados regionales en una región semiárida intermedia. Tercero, identifica y analiza mecanismos adaptativos específicos desarrollados frente a presiones contemporáneas, reconfiguración concreta de rutas ante proyectos extractivos, diversificación económica integrada a infraestructuras de movilidad, y adaptación de transmisión cultural ante transformaciones demográficas, que trascienden caracterizaciones generales para ofrecer comprensión detallada de cómo la persistencia trashumante se construye activamente en contextos adversos.

La hipótesis que orienta el análisis sostiene que la persistencia de la trashumancia no se explica por un aislamiento o continuidad histórica ininterrumpida, sino por la capacidad de estas comunidades para desarrollar formas específicas de adaptación territorial basadas en: 1) la flexibilización de sus patrones de movilidad, modificando rutas, tiempos y áreas de uso en respuesta a restricciones y oportunidades cambiantes; 2) la diversificación de actividades económicas complementarias que fortalecen la base material del modo de vida sin comprometer su lógica móvil; y 3) la reconfiguración de sus formas de organización social y transmisión de conocimientos, adaptando estructuras familiares y prácticas culturales a nuevos contextos institucionales y demográficos.

Metodológicamente, esta investigación se fundamenta en un trabajo etnográfico realizado entre 2020 y 2021 en comunidades trashumantes del Norte Chico, particularmente en la zona de Huasco Alto, reconocida por la persistencia y vitalidad de sus prácticas trashumantes (Campos, 2005; Lorca, 2005). El trabajo de campo combinó entrevistas en profundidad con observación participante durante ciclos completos de movilidad estacional, y recorridos guiados para documentar rutas y sitios significativos. Esta aproximación etnográfica se complementó con análisis espacial de las redes de movilidad, georreferenciación sistemática de alrededor de 400 majadas (asentamientos temporales), y

revisión de documentación histórica y técnica sobre estas prácticas. Adicionalmente, se analizaron informes de Medio Humano de proyectos ingresados al Sistema de Evaluación de Impacto Ambiental (SEIA), hasta 2022 para identificar áreas donde la actividad trashumante ha sido documentada en estudios recientes. Este enfoque multimétodo permitió analizar datos de diferentes fuentes, construyendo una comprensión integral de las dimensiones materiales y simbólicas de la territorialidad trashumante.

El artículo se estructura en tres secciones que abordan dimensiones complementarias del fenómeno estudiado. La primera sección analiza la evolución histórica del modo de vida trashumante en el Norte Chico, identificando continuidades y transformaciones desde el período precolombino hasta la actualidad, para comprender las raíces históricas de las estrategias adaptativas contemporáneas. La segunda sección examina la configuración actual de la red de rutas trashumantes, revelando cómo estas constituyen un sistema territorial flexible que refleja conocimientos acumulados sobre ciclos ecológicos y posibilidades de movilidad, pero también responde a presiones territoriales recientes. Finalmente, la tercera sección analiza las majadas como elementos centrales de anclaje territorial, exponiendo cómo estos asentamientos temporales articulan dimensiones productivas, sociales y simbólicas del modo de vida trashumante, funcionando simultáneamente como infraestructura productiva y como espacios de reproducción cultural y social.

Para comprender estas estrategias adaptativas contemporáneas, es necesario primero examinar las raíces históricas del modo de vida trashumante en el Norte Chico y sus transformaciones a través del tiempo.

1. El modo de vida trashumante en el Norte Chico: continuidades y transformaciones históricas

El modo de vida trashumante que actualmente se desarrolla en el Norte Chico se sustenta en una tradición milenaria con profundos antecedentes precolombinos (Aranda, 1970). Los registros arqueológicos correspondientes a dicho período evidencian que el área andina ha constituido históricamente un espacio donde sus habitantes han desarrollado sofisticadas estrategias para aprovechar las diferencias altitudinales, explotando recursos complementarios en diferentes pisos ecológicos (Jurado, 2013). Esta adaptación a la verticalidad del paisaje andino, documentada extensamente por investigaciones arqueológicas en la región (Lorca, 2005), representa la base ecológica fundamental de la trashumancia, permitiendo maximizar el aprovechamiento de recursos dispersos temporal y espacialmente en un entorno caracterizado por su aridez y variabilidad climática estacional.

Los movimientos territoriales entre diferentes altitudes configuran el núcleo de la práctica trashumante, articulando un sistema de ocupación del territorio que aprovecha estratégicamente los recursos naturales disponibles en las zonas de precordillera y alta cordillera mediante un movimiento circular anual sincronizado con los ciclos ecológicos. Este sistema de movilidad estacional ha demostrado ser particularmente eficiente y adaptativo en el contexto del clima semiárido y la topografía montañosa del Norte Chico, caracterizada por valles encajonados, marcados gradientes altitudinales y regímenes hídricos. Las condiciones ambientales específicas de esta región han moldeado históricamente las prácticas trashumantes, generando conocimientos territoriales especializados que permiten aprovechar recursos escasos y dispersos de manera sostenible (Göbel, 2002).

Durante el período invernal (entre abril y septiembre), las actividades trashumantes se concentran en los sectores bajos, denominados localmente “invernadas”, donde las temperaturas pueden descender hasta los 5 °C, pero ofrecen condiciones más protegidas para el ganado. Las precipitaciones invernales, que aumentan gradualmente hacia el sur desde los 85 hasta los 284 mm, crean diferencias significativas en la disponibilidad de forraje que son aprovechadas estratégicamente por las comunidades trashumantes, adaptando rutas y tiempos de permanencia según las condiciones específicas de cada temporada. Con la llegada de la primavera y el verano, los grupos de pastores con sus ganados emprenden el ascenso hacia la alta cordillera, a los sectores de “veranadas” (entre octubre y marzo), donde, a pesar de temperaturas que pueden descender hasta los 0 °C, encuentran pastos de altura y vegas cordilleranas que constituyen recursos forrajeros cruciales indisponibles durante el resto del año. A altitudes superiores a los 3.000 metros, estos recursos de veranada representan un complemento indispensable para la alimentación del ganado, permitiendo recuperar la condición corporal y productividad tras el período invernal (Del Pozo, 2004).

Estos movimientos estacionales responden a imperativos ecológicos concretos: la necesidad de maximizar la alimentación animal en un entorno donde los recursos están dispersos espacial y temporalmente. No se trata simplemente de una tradición cultural reproducida por inercia histórica, sino de una estrategia adaptativa esencial para la viabilidad de la ganadería en estos ecosistemas áridos y semiáridos. Como han documentado estudios ecológicos sobre la trashumancia (Olea & Mateo, 2011), sin estos desplazamientos estacionales sería prácticamente imposible mantener poblaciones ganaderas significativas en muchas áreas del Norte Chico, pues los recursos forrajeros disponibles en cualquier localidad específica resultarían insuficientes para sostener los animales durante todo el

ciclo anual. La trashumancia constituye, por tanto, una respuesta adaptativa a limitaciones ambientales concretas, permitiendo aprovechar recursos naturales dispersos en un territorio caracterizado por su heterogeneidad ecológica y climática.

Esta capacidad adaptativa en territorios áridos encuentra paralelos documentados en otras regiones del norte chileno, como muestra el análisis de Rivera & Dodd (2013) sobre las ocupaciones humanas en el desierto de Atacama, donde comunidades han desarrollado históricamente estrategias para “domesticar el desierto” mediante conocimientos ambientales especializados que permiten habitar y aprovechar entornos de extrema aridez.

1.1 Transformación histórica de la trashumancia

La evolución histórica de la trashumancia en el Norte Chico revela un delicado equilibrio entre continuidades estructurales y adaptaciones significativas a través de distintos períodos, evidenciando la flexibilidad de este modo de vida frente a transformaciones políticas, económicas y ambientales. Los registros arqueológicos del Complejo Cultural “El Molle”, que se desarrolló en la zona de Atacama entre los siglos I y VII d.C., muestran que sus habitantes “ya evidencian el manejo de la práctica trashumante en pos de la obtención de recursos estacionales, presentando una movilidad que comprendía la costa, los valles y la cordillera, llegando a alcanzar la vertiente oriental de Los Andes” (Lorca, 2005, p. 20). Esta evidencia arqueológica confirma no solo la antigüedad de estas prácticas móviles en la región, sino también la existencia temprana de patrones de movilidad que integraban diversos pisos ecológicos en un sistema territorial coherente, semejante en sus principios fundamentales a las prácticas contemporáneas.

Durante el periodo incaico, este sistema de ocupación discontinuo del territorio (Hevilla & Molina, 2010) fue incorporado estratégicamente a las estructuras administrativas imperiales para centralizar el control y optimizar la producción y circulación de recursos complementarios entre diferentes zonas ecológicas (Hidalgo, 2004). Los hallazgos arqueológicos confirman que comunidades trashumantes convivieron y se integraron al dominio inca, participando activamente en redes de intercambio que movilizaban productos obtenidos en diversos pisos ecológicos. Esta articulación con el sistema administrativo incaico demuestra la capacidad histórica de las comunidades trashumantes para adaptarse a estructuras políticas más amplias sin abandonar los principios fundamentales de su modo de vida móvil, incorporando innovaciones mientras preservaban sus lógicas territoriales esenciales.

Una transformación particularmente significativa ocurrió durante el periodo colonial, cuando la administración hispánica implementó políticas de reducción que buscaban reorganizar a estos grupos en pueblos de indios, intentando fijarlos en territorios delimitados en directa contraposición a la vida móvil que practicaban (Campos, 2005). Esta política de sedentarización forzada, coherente con las concepciones territoriales europeas, pero profundamente disruptiva para las lógicas andinas de movilidad, representó uno de los primeros intentos sistemáticos de interrumpir las prácticas trashumantes mediante la imposición de un modelo territorial exógeno. Sin embargo, la evidencia histórica muestra que esta política nunca alcanzó una implementación completa y efectiva. Muchas comunidades desarrollaron estrategias para mantener formas de movilidad adaptadas a las nuevas condiciones coloniales, negociando espacios de autonomía territorial dentro del sistema impuesto o refugiándose en áreas más inaccesibles donde podían continuar sus prácticas tradicionales con menor interferencia.

Paralelamente a estos cambios políticos y administrativos, las prácticas trashumantes experimentaron transformaciones significativas en su base material con la introducción de nuevas especies ganaderas. Las prácticas originarias de pastoreo con camélidos (llamas y alpacas) y el aprovechamiento de guanacos silvestres se transformaron progresivamente, incorporando las especies introducidas por los españoles. Desde entonces, el ganado trashumante ha sido principalmente caprino, ovino y bovino, complementado con caballos, burros y mulas que revolucionaron las capacidades de movilidad y transporte (Campos, 2005). Esta adaptación a nuevas especies ganaderas constituye una de las transformaciones más profundas en la historia de la trashumancia regional, evidenciando la flexibilidad de este modo de vida para incorporar innovaciones tecnológicas y biológicas manteniendo sus lógicas fundamentales de movilidad y aprovechamiento territorial.

La dinámica histórica de los valles andinos del Norte Chico revela un complejo sistema de intercambios que trasciende la simple movilidad pastoril, integrando distintas modalidades productivas y articulando diferentes espacios económicos. Como documenta Lacoste (2018), estos valles funcionaron históricamente como corredores de circulación que conectaban diferentes pisos ecológicos y sistemas productivos, facilitando flujos de bienes, personas y conocimientos. Los arrieros y crianceros trashumantes no limitaban su actividad al desplazamiento de ganado, sino que participaban activamente en extensas redes de intercambio que incluían productos agrícolas, minerales y artesanales (Aguilera, 2022). Esta dimensión comercial de la trashumancia, documentada en registros coloniales y republicanos, revela su importancia histórica no solo como estrategia productiva específica, sino como

componente esencial de las economías regionales a lo largo de distintos períodos, articulando espacios productivos complementarios y facilitando la integración económica territorial.

1.2 La trashumancia ante el Estado-nación

La formación y consolidación del Estado-nación chileno a partir del siglo XIX, configuró un nuevo escenario que planteó desafíos significativos para las comunidades trashumantes. El Estado inició procesos sistemáticos de delimitación territorial interna y construcción de una administración pública centralizada que buscaba catalogar, clasificar y controlar a todos los habitantes de la república bajo categorías uniformes que facilitarían su gobierno. El censo de población, instrumento fundamental de esta empresa de conocimiento y control estatal, categorizó a la población según parámetros estandarizados como sexo, edad, estado civil, oficio o profesión, alfabetización y patrón de asentamiento urbano/rural, reflejando una racionalidad administrativa que privilegiaba lo sedentario y lo permanente como norma social deseable.

Esta lógica censal asumía implícitamente que toda persona poseía un lugar fijo de residencia, lo que generó dificultades metodológicas y conceptuales para el registro adecuado de poblaciones móviles como los trashumantes. El aparato estadístico del Estado, diseñado desde y para poblaciones sedentarias, carecía de categorías apropiadas para captar la especificidad de modos de vida basados en la movilidad estacional. Consecuentemente, cuando lograban ser registrados, los trashumantes eran clasificados genéricamente como población rural, y posiblemente como “gañanes” (trabajadores agrícolas sin tierras propias) o arrieros, categorías que invisibilizaban la complejidad de su modo de vida y su relación específica con el territorio. Esta invisibilización estadística no constituye un simple problema técnico, sino que refleja una tensión fundamental entre la lógica territorial del Estado moderno, basada en delimitaciones fijas y jurisdicciones estables, y las territorialidades móviles y discontinuas características de la trashumancia.

Una huella documental significativa de estos grupos en los registros estatales aparece en el *Censo Jeneral de la República de Chile, (1865)*, que introdujo clasificaciones más detalladas de la población según su actividad económica. Entre la población rural, que representaba entonces un 71,4% del total nacional, se incluyen implícitamente las familias trashumantes, probablemente categorizadas como pastores y arrieros, sin reconocimiento específico de la particularidad de su modo de vida móvil. Esta invisibilización dentro de categorías genéricas ha persistido como patrón dominante hasta la actualidad, reflejando la persistente dificultad de las estructuras estatales para reconocer y acomodar formas de vida no sedentarias dentro de sus marcos conceptuales y administrativos.

A pesar de esta invisibilización categorial, el mismo censo reconoce indirectamente la importancia económica y logística de estas comunidades móviles cuando describe:

(...) conservándose una comunicación constante con las rejiones septentrionales de la Republica Argentina, suministran animales i productos agrícolas de que carece esta provincia. Los portillos o pasos más frecuentados por su situación frente a los principales minerales o centro de población son, San Andrés, El Transito, Antofagasta con 2300 metros de elevación, Paipote, Pulido, i San Guillermo...
(Censo Jeneral de la República de Chile, 1865, p. 291)

Esta descripción evidencia el rol crucial que los arrieros trashumantes desempeñaban en la articulación económica regional, movilizando bienes esenciales entre Chile y Argentina gracias a su conocimiento especializado de los pasos cordilleranos y su capacidad para desenvolverse en condiciones geográficas y climáticas extremas.

Significativamente, muchos de los lugares mencionados en este registro censal decimonónico continúan siendo zonas con presencia activa de población trashumante en la actualidad, evidenciando una notable continuidad espacial y temporal en la ocupación territorial. Esta persistencia sugiere que, a pesar de las múltiples transformaciones políticas, económicas y sociales ocurridas en los últimos 150 años, ciertas rutas y áreas mantienen su relevancia estratégica para la trashumancia, demostrando la transmisión intergeneracional efectiva del conocimiento territorial y la adaptabilidad de estas prácticas a contextos cambiantes.

1.3 Desafíos contemporáneos a la trashumancia

En las últimas décadas, el modo de vida trashumante ha enfrentado presiones convergentes sin precedentes que comparten un denominador: la imposición de lógicas territoriales incompatibles con la movilidad estacional. Cuatro procesos concatenados configuran este escenario. Primero, la expansión minera industrial y formalización territorial: La transición a explotaciones de gran escala ha consumido territorios de pastoreo, generando demanda intensiva de agua agotando vertientes cruciales, y operado bajo lógicas de exclusividad incompatibles con sistemas de uso múltiple

(Molina, 2013). Simultáneamente, procesos de formalización y privatización han fragmentado espacios gestionados bajo regímenes consuetudinarios, imponiendo delimitaciones estrictas que interrumpen corredores tradicionales.

Segundo, el desarrollo de infraestructura: La construcción de carreteras, centrales hidroeléctricas y líneas de transmisión ha creado barreras físicas acompañadas de regímenes legales restrictivos del acceso tradicional, fragmentando territorios anteriormente integrados a través de prácticas de movilidad.

Tercero, el cambio climático: La intensificación de ciclos de sequía, particularmente la mega sequía que ha afectado a Chile central desde 2010 (Boisier *et al.*, 2016), ha alterado significativamente la disponibilidad de forraje y agua en territorios trashumantes. Vertientes que históricamente proporcionaban agua confiable durante todo el año han comenzado a secarse estacionalmente, obligando a modificaciones en rutas y calendarios tradicionales.

Como plantea Tapia (2017) en su análisis del altiplano del norte chileno, el diálogo entre cultura y naturaleza constituye una estrategia fundamental para la adaptación frente a la variabilidad climática, enfoque que permite comprender cómo las comunidades trashumantes reconfiguran sus prácticas territoriales incorporando tanto conocimientos tradicionales como respuestas innovadoras ante condiciones ambientales cambiantes.

Cuarto, las transformaciones demográficas y sociales: Procesos de migración rural-urbana, particularmente intensos entre la población joven, han generado brechas significativas en la transmisión intergeneracional de conocimientos territoriales esenciales para la práctica trashumante. La integración creciente a sistemas educativos formales, diseñados para poblaciones sedentarias, ha modificado patrones tradicionales de movilidad familiar y ha creado tensiones entre las exigencias de la vida trashumante y las demandas de instituciones educativas con calendarios fijos y localizaciones permanentes. Estas transformaciones sociales amenazan componentes cruciales del sistema de conocimientos que sustenta la trashumancia, planteando interrogantes sobre su viabilidad a largo plazo en ausencia de mecanismos efectivos de transmisión cultural.

Frente a este conjunto de presiones convergentes, las comunidades trashumantes han desarrollado estrategias adaptativas diversas y sofisticadas que les han permitido mantener elementos esenciales de su modo de vida mientras responden creativamente a las nuevas condiciones. Estas estrategias, lejos de representar simples resistencias pasivas, constituyen respuestas activas que combinan conocimientos tradicionales con innovaciones adaptativas, reconfigurando prácticas territoriales sin abandonar los principios fundamentales que definen su identidad cultural y su relación con el territorio. Las siguientes secciones analizan cómo estas estrategias adaptativas se materializan en la configuración contemporánea de las redes de movilidad trashumante y en la organización de sus asentamientos temporales.

2. La red de rutas trashumantes: territorialidad en movimiento

Las rutas trashumantes configuran complejas redes territoriales que materializan conocimiento acumulado sobre ciclos ecológicos y movilidad en entornos heterogéneos. Lejos de ser solo trazados funcionales, estas rutas representan “paisajes de movilidad” donde se entrelazan dimensiones materiales, sociales y simbólicas. Esta perspectiva dialoga con de Jong *et al.* (2022) sobre territorialidad indígena en las Pampas y Patagonia, donde se argumenta que “toda práctica de territorialidad, entendida como la estrategia en que un sujeto o grupo busca afectar personas, objetos y relaciones en un área determinada” (p. 22) debe analizarse atendiendo a especificidades de lógicas territoriales locales, evitando imposición mecánica de modelos estatales basados en control exclusivo de espacios delimitados.

2.1 Metodología y datos para la reconstrucción de la red

La reconstrucción y análisis de la red trashumante del Norte Chico requirió una aproximación metodológica multidimensional que combinó técnicas diversas para captar tanto los aspectos espaciales como socioculturales de estas prácticas de movilidad. El proceso metodológico se estructuró en tres componentes complementarios que permitieron analizar la información de diferentes fuentes para construir una comprensión del fenómeno estudiado.

El primer componente consistió en una revisión sistemática de la documentación técnica y administrativa generada por proyectos de inversión que han requerido evaluación de impacto ambiental en la región. Específicamente, se analizaron expedientes ingresados al Sistema de Evaluación de Impacto Ambiental hasta 2022 que identificaban actividades trashumantes en sus áreas de influencia. Estos documentos técnicos, aunque generados con propósitos distintos a la investigación académica, contienen frecuentemente caracterizaciones de actividades tradicionales potencialmente afectadas por los proyectos, incluyendo identificación georreferenciada de rutas, áreas de pastoreo y asentamientos estacionales. Su análisis sistemático permitió construir una primera aproximación espacial a la distribución territorial de las prácticas trashumantes contemporáneas.

Es fundamental explicitar que estas fuentes poseen sesgos derivados de su finalidad original. Los estudios de impacto ambiental buscan la aprobación de proyectos. No obstante, estos expedientes aportan cartografía técnica de calidad, identifican conflictos territoriales, y evidencian extensión geográfica de prácticas trashumantes reconocida por actores externos.

El segundo componente metodológico integró información espacial dispersa en la literatura especializada sobre trashumancia en la región. Se revisaron estudios arqueológicos, históricos, antropológicos y geográficos publicados durante las últimas décadas, extrayendo referencias espaciales que fueron posteriormente sistematizadas en un sistema de información geográfica. Este proceso permitió identificar continuidades y transformaciones en los patrones de movilidad a través del tiempo, lo que reveló la persistencia de ciertos corredores históricos y la emergencia de nuevas rutas en respuesta a cambios ambientales o socioeconómicos.

El tercer componente metodológico consistió en trabajo etnográfico intensivo realizado entre 2020 y 2021 en comunidades trashumantes del Norte Chico, con énfasis particular en la zona de Huasco Alto, reconocida por la persistencia y vitalidad de sus prácticas trashumantes (Campos, 2005; Lorca, 2005). El trabajo de campo combinó entrevistas en profundidad con nueve actores de diferentes edades y géneros, seleccionados mediante un muestreo intencionado que buscaba captar la diversidad de experiencias y conocimientos dentro de estas comunidades

Estas entrevistas, diseñadas siguiendo principios de la “entrevista etnográfica” (Beaud, 2018), exploraron aspectos históricos, técnicos y culturales de las prácticas trashumantes, con particular atención a las estrategias adaptativas desarrolladas frente a presiones territoriales contemporáneas.

Complementariamente, se realizó observación participante durante ciclos completos de movilidad estacional, acompañando a familias trashumantes en sus desplazamientos entre invernadas y veranadas. Esto permitió documentar prácticas cotidianas, conocimientos ambientales, técnicas de manejo animal y estrategias de adaptación territorial que no siempre son verbalizadas en contextos de entrevista. Finalmente, se realizaron recorridos guiados con trashumantes experimentados para documentar específicamente rutas, majadas y otros sitios significativos, registrando características ambientales relevantes y narrativas asociadas a estos lugares.

La integración de estos tres componentes metodológicos permitió construir una representación comprehensiva de áreas trashumantes. El análisis espacial resultante revela un sistema territorial complejo que abarca aproximadamente entre 10.000 y 20.000 km², y articula diversos pisos ecológicos, desde la costa hasta la alta cordillera en un intrincado entramado de rutas que reflejan tanto conocimientos tradicionales como adaptaciones a presiones contemporáneas.

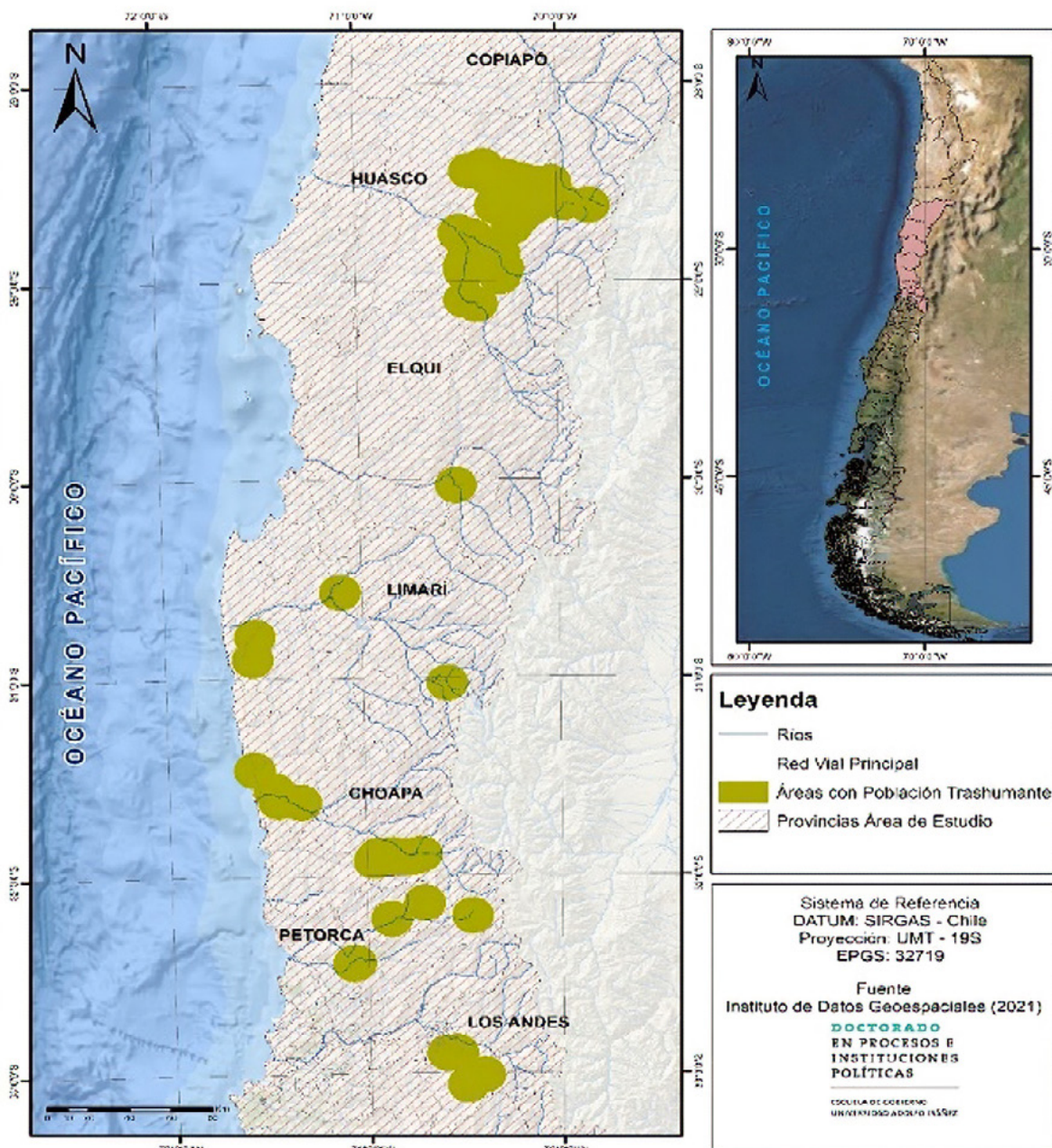
2.2 Características geográficas y configuración de la red

El Norte Chico chileno presenta características geomorfológicas y climáticas que han moldeado históricamente las prácticas trashumantes, configurando un entorno donde la movilidad estacional representa una estrategia adaptativa fundamental frente a la heterogeneidad espacial y temporal de los recursos. En términos morfológicos, la región se caracteriza por un relieve irregular y accidentado donde predomina la alternancia de valles transversales con interfluvios montañosos o serranías. Esta configuración topográfica genera una secuencia de unidades geomorfológicas que incluye planicies litorales relativamente estrechas, la Cordillera de la Costa con alturas que pueden superar los 2.000 metros, valles transversales que cortan estas formaciones, la pampa ondulada o austral, la pampa transicional, y finalmente la Cordillera de los Andes, cuyas cumbres en esta latitud pueden superar los 5.000 msm, mientras que la precordillera presenta alturas medias entre 3.000 y 4.500 msm.

Esta configuración topográfica genera marcados gradientes altitudinales en distancias relativamente cortas, creando una diversidad de microclimas y ecosistemas que constituyen la base ecológica de la trashumancia. El trabajo etnográfico realizado permitió documentar cómo los crianceros trashumantes poseen un conocimiento detallado de estas variaciones microclimáticas, utilizándolas estratégicamente para optimizar la alimentación de sus rebaños a lo largo del ciclo anual.

Desde el punto de vista hidrográfico, la zona norte del Norte Chico se define como un área exorreica con escasas precipitaciones y ríos de régimen principalmente pluvionival, alimentados tanto por las lluvias invernales como por el deshielo cordillerano primaveral. Esta configuración hidrológica tiene implicancias directas para los patrones trashumantes: los ríos y quebradas no solo proporcionan agua esencial para humanos y animales, sino que frecuentemente determinan los corredores naturales de movilidad a través del accidentado relieve regional. Como señala Marchant (2019), los valles fluviales han funcionado históricamente como ejes articuladores de la movilidad trashumante, facilitando desplazamientos altitudinales que de otra manera serían extremadamente difíciles dada la topografía montañosa predominante. A continuación, se presenta una figura donde se visualiza lo relatado.

Figura 1
Zonas destacadas de trashumancia del Norte Chico.



Fuente: Elaboración propia sobre la base de datos del Sistema de Evaluación de Impacto Ambiental y literatura especializada.

La reconstrucción de la red trashumante realizada en esta investigación revela patrones espaciales diferenciados entre el sector norte y sur del Norte Chico. En el sector septentrional, particularmente en las provincias de Copiapó y Huasco, la trashumancia se concentra principalmente en las zonas precordilleranas y cordilleranas, con movimientos estacionales que rara vez alcanzan la costa. En contraste, en el sector meridional, correspondiente principalmente a las provincias de Elqui, Limarí y Choapa, los movimientos trashumantes tienen mayor amplitud espacial, incluyendo desplazamientos que pueden alcanzar las zonas costeras durante ciertos períodos. Esta diferenciación espacial refleja tanto variaciones en las condiciones ecológicas como procesos históricos de configuración territorial que han moldeado diferencialmente estos sistemas de movilidad.

El mapeo de las áreas con presencia trashumante activa, muestra una concentración particularmente significativa en la zona de Huasco Alto, seleccionada como área focal para el trabajo etnográfico precisamente por esta notable

persistencia. Las características geo-climáticas específicas de esta zona, que comprende tanto la Precordillera Andina como sectores de la Cordillera de Los Andes propiamente tal y el Valle del río Huasco, han favorecido históricamente las prácticas trashumantes. Los ríos El Tránsito y El Carmen, que al unirse originan el río Huasco, constituyen elementos configuradores determinantes de la red de rutas en esta área, pues sus cursos y las quebradas asociadas no solo proporcionan el agua indispensable para la supervivencia en estas condiciones geográficas, sino que también moldean la topografía creando corredores naturales de movilidad a través del accidentado relieve cordillerano.

2.3 Organización social de las rutas y adaptaciones contemporáneas

La dimensión espacial de la red trashumante resulta inseparable de su organización social, pues son las estructuras y relaciones sociales las que determinan quiénes pueden utilizar qué rutas, cuándo y bajo qué condiciones. El trabajo etnográfico permitió documentar cómo la red se organiza fundamentalmente según lazos familiares dinámicos y acuerdos consuetudinarios que configuran un sistema flexible, pero estructurado de derechos territoriales. Cada recorrido trashumante es simultáneamente una ruta ancestral heredada de generaciones anteriores y una creación constantemente renovada que se adapta a condiciones cambiantes, evidenciando la naturaleza dinámica de esta territorialidad.

La nomenclatura y atribución de las rutas, refleja esta articulación entre geografía física y social: cada ruta se asocia y nombra de acuerdo tanto con elementos geográficos reconocibles (quebradas, aguadas, cerros) como con las familias que tradicionalmente las han utilizado. Así, rutas como “la quebrada de las Guías” o “majada de Villegas” en la provincia del Huasco incorporan simultáneamente referencias al paisaje físico y al paisaje social. Esta denominación dual crea un sistema cognitivo complejo que facilita tanto la orientación espacial como la organización social del acceso a recursos territoriales.

El sistema consuetudinario de atribución y reconocimiento de derechos sobre rutas específicas constituye un elemento fundamental de la territorialidad trashumante, estableciendo criterios claros pero flexibles que permiten adaptarse a condiciones cambiantes sin generar conflictos irresolubles. A diferencia de los sistemas formales de propiedad, donde los derechos son típicamente fijos y exclusivos, este régimen consuetudinario permite ajustes y negociaciones que facilitan la adaptación a circunstancias variables como sequías localizadas, conflictos territoriales o cambios en la composición familiar.

La complejidad y adaptabilidad de estas redes de movilidad se ha puesto a prueba en décadas recientes frente a múltiples presiones territoriales. La expansión de la actividad minera, particularmente intensa en el Norte Chico, ha restringido el acceso a territorios tradicionalmente utilizados por trashumantes, interrumpiendo corredores históricos y alterando sistemas hidrológicos cruciales para esta actividad. El desarrollo de infraestructura vial, energética y productiva ha fragmentado territorios anteriormente integrados a través de prácticas de movilidad, mientras que la formalización y privatización de la tierra ha impuesto delimitaciones estrictas incompatibles con las lógicas de acceso flexible características de la trashumancia.

Un ejemplo paradigmático de estas tensiones territoriales se observa en el valle del Huasco, donde la expansión de proyectos mineros a gran escala ha restringido progresivamente el acceso a zonas de veranada utilizadas históricamente por comunidades trashumantes. El caso del proyecto Pascua Lama, ampliamente documentado por Molina (2013), ilustra cómo la imposición de lógicas extractivas genera impactos profundos en sistemas territoriales trashumantes, afectando no solo el acceso físico a áreas de pastoreo sino también sistemas hidrológicos completos que sustentan estas prácticas a lo largo de cuencas enteras.

El trabajo de campo documentó estas reconfiguraciones territoriales en el valle del Huasco. Las entrevistas revelan que rutas tradicionales que conectaban invernadas con veranadas cordilleranas han debido modificarse para bordear áreas de intervención minera, generando consecuencias concretas: incremento en distancias recorridas, mayor tiempo de desplazamiento, y paso por zonas con menor disponibilidad de agua y forraje. Esta adaptación evidencia capacidad de reconfiguración manteniendo conectividad funcional, pero a costa de menor eficiencia operacional asumida por las comunidades trashumantes.

Frente a estas presiones convergentes, las comunidades trashumantes han desarrollado lo que Molina (2013) denomina “estrategias de persistencia”, adaptando creativamente sus prácticas territoriales para mantener la viabilidad de su modo de vida en contextos crecientemente adversos. Estas estrategias incluyen la diversificación de rutas para reducir la dependencia de áreas específicas bajo presión, la modificación estacional de patrones de movilidad para evitar conflictos con operaciones extractivas o agroindustriales, y la negociación activa de nuevos acuerdos de acceso con propietarios privados, empresas o instituciones estatales.

La capacidad adaptativa de estas comunidades se manifiesta también en la incorporación selectiva de tecnologías contemporáneas que facilitan la movilidad en nuevas condiciones. El uso de vehículos motorizados para transportar insumos, materiales o personas entre asentamientos, la utilización de teléfonos móviles para coordinar movimientos o negociar accesos, y la adopción de materiales modernos para construcciones temporales representan adaptaciones tecnológicas que, paradójicamente, fortalecen la viabilidad de prácticas tradicionales en contextos transformados.

Estas estrategias adaptativas evidencian la flexibilidad territorial que caracteriza a las comunidades trashumantes, permitiéndoles responder dinámicamente a nuevas presiones sin abandonar los principios fundamentales que definen su relación con el territorio. Esta capacidad de adaptación territorial, lejos de representar una desviación de prácticas “tradicionales”, constituye precisamente la expresión contemporánea de una característica histórica de la trashumancia: su permanente negociación con condiciones ambientales, políticas y económicas cambiantes. Como argumenta Haesbaert (2013), estos grupos no deben interpretarse como formas degradadas o residuales, sino como expresiones vitales de modos de vida que han integrado históricamente la movilidad como principio organizador de sus relaciones territoriales.

2.4 Diversificación económica asociada a la red de rutas

Esta flexibilidad territorial no se limita a la reconfiguración de rutas, sino que se extiende también a las estrategias económicas desarrolladas por las comunidades trashumantes. La forma de habitar y aprovechar este espacio geográfico fragmentado, caracterizado por la distribución heterogénea de recursos en el tiempo y el espacio, ha llevado a los grupos trashumantes a desarrollar estrategias complejas de diversificación económica.

Estas estrategias complementan el pastoreo trashumante con actividades como la pirquinería (minería artesanal) y la producción de carbón vegetal, configurando un sistema económico versátil que aprovecha las oportunidades y recursos disponibles en diferentes momentos y localizaciones del ciclo trashumante.

La diversificación económica documentada en esta investigación no representa una desviación o abandono del modo de vida trashumante, sino una estrategia adaptativa coherente con sus principios fundamentales de movilidad y aprovechamiento flexible del territorio. Actividades complementarias como la pirquinería y la producción de carbón utilizan la misma infraestructura de movilidad (rutas, asentamientos temporales) y se basan en el mismo conocimiento territorial detallado que sustenta el pastoreo, evidenciando la integración sistémica de estas prácticas dentro de su modo de vida. Como argumentan Livenais y Aranda (2018), esta diversificación debe entenderse como una manifestación de la racionalidad adaptativa característica de poblaciones que habitan entornos áridos y semiáridos, donde la variabilidad e incertidumbre ambiental hacen de la flexibilidad una estrategia fundamental de supervivencia.

La producción de carbón vegetal, practicada durante todo el año, pero con mayor intensidad durante el periodo estival, aprovecha las mismas rutas de movilidad utilizadas para el pastoreo, integrándose fluidamente al ciclo trashumante. Los pastores recolectan leña a lo largo de sus recorridos, principalmente de especies como el algarrobo (*Prosopis chilensis*), el chañar (*Geoffroea decorticans*) y el espino (*Acacia caven*), que luego procesan en hornos artesanales construidos en localizaciones estratégicas a lo largo de las rutas trashumantes. El trabajo etnográfico documentó cómo estos hornos, frecuentemente ubicados cerca de majadas o en puntos de intersección de rutas, constituyen elementos significativos del paisaje trashumante, marcando espacios de actividad productiva complementaria que se entrelazan con las prácticas pastoriles dentro de un sistema económico integrado.

La pirquinería, o minería artesanal, representa otra actividad económica complementaria significativa, particularmente entre grupos de hombres que la practican de manera intermitente según factores como el clima, los precios de los minerales o la productividad específica de cada pirquén (sitio de extracción). Esta actividad, eminentemente estacional y oportunista, se integra al ciclo trashumante aprovechando periodos donde las demandas del pastoreo son menores o pueden ser atendidas por otros miembros del grupo familiar. El conocimiento territorial adquirido a través de generaciones de movilidad trashumante resulta fundamental para la localización de vetas minerales, evidenciando cómo el saber espacial desarrollado primariamente para el pastoreo se transfiere y adapta a otras actividades productivas.

La articulación sistemática de estas actividades económicas complementarias configura lo que se podría denominar una “economía de movilidad” que maximiza el aprovechamiento de recursos diversos dispersos en el territorio. Esta estrategia diversificada fortalece la viabilidad material del modo de vida trashumante, proporcionando fuentes alternativas de ingreso que compensan la variabilidad inherente a la producción ganadera en entornos áridos. Como señala Del Pozo (2004), esta diversificación representa una respuesta adaptativa racional frente a las limitaciones

e incertidumbres características de estos ecosistemas, permitiendo distribuir riesgos y aprovechar oportunidades cambiantes en diferentes momentos y localizaciones.

En años recientes, algunas familias trashumantes del Norte Chico han incorporado también actividades relacionadas con el turismo rural y el ecoturismo, ofreciendo experiencias como el acompañamiento en rutas trashumantes, hospedaje en majadas y compartiendo conocimientos sobre la naturaleza local, gastronomía tradicional y prácticas ganaderas.

La red de rutas trashumantes funciona, así como la infraestructura espacial que sustenta no solo la movilidad del pastoreo tradicional, sino un sistema económico diversificado y adaptativo que combina actividades complementarias. Este entramado territorial constituye un ejemplo de lo que Huiliñir (2015) ha denominado “articulación del territorio” en contextos indígenas y tradicionales, donde diferentes prácticas productivas, sociales y culturales se integran coherentemente a través de sistemas de movilidad que aprovechan óptimamente las características heterogéneas del territorio.

3. Habitación del territorio: Las majadas como anclajes de la movilidad

Las majadas constituyen elementos fundamentales en la territorialidad flexible característica de la trashumancia, funcionando como puntos de anclaje que, paradójicamente, hacen posible y sostenible la movilidad. Estos asentamientos temporales permiten a los pastores establecer referencias territoriales que estructuran su movilidad, creando espacios cruciales para la gestión del ganado, el desarrollo de actividades productivas complementarias y la reproducción de relaciones sociales y culturales. La aparente contradicción entre permanencia y movilidad se disuelve al comprender que las majadas no representan interrupciones de la movilidad trashumante sino componentes esenciales de su articulación espacial y temporal. Como señala Göbel (2002) en su análisis de asentamientos pastoriles en la Puna de Atacama, estos puntos de permanencia temporal configuran una “arquitectura del pastoreo” que expresa materialmente las lógicas espaciales y sociales del modo de vida trashumante.

3.1 Reconstrucción y caracterización de las majadas

El presente trabajo permitió documentar aproximadamente 400 majadas en el Norte Chico, cuantificación que incluye tanto estructuras en uso activo como aquellas en estado de abandono temporal o estacional. Este inventario, revela la magnitud e importancia de estos asentamientos dentro del sistema territorial trashumante, proporcionando una visión comprehensiva de su distribución espacial y características materiales.

El término “majada” deriva etimológicamente del latín “maculata” (manchada, dispersa) y, aunque tiene raíces en la tradición pastoril hispánica, en el contexto específico del Norte Chico ha adquirido características y significados particulares que reflejan la apropiación y adaptación cultural por parte de las comunidades locales. Mientras en la tradición española la majada designaba principalmente un lugar para guardar o recoger el ganado por la noche, en el Norte Chico representa un complejo habitacional que incluye tanto espacios para los animales como para las personas.

Las majadas presentan notable diversidad material reflejando variaciones geográficas, funcionales y de disponibilidad de recursos. Incluyen espacios de habitación humana y estructuras para manejo ganadero (corrales, cercos), con patrones organizacionales que muestran continuidades desde la época prehispánica. Las técnicas constructivas varían: en zonas bajas predominan pircas (piedra sin mortero) aprovechando abundancia del material; en zonas altas se utilizan ramas, varillas y materiales vegetales como tola (*Parastrephia lepidophylla*), complementados con elementos modernos (plásticos, lonas) para impermeabilización. Esta diversidad refleja adaptaciones ecológicas específicas e incorporación selectiva de materiales manteniendo principios estructurales tradicionales.

El conocimiento especializado asociado a la construcción de majadas constituye un componente significativo del patrimonio cultural trashumante, transmitido intergeneracionalmente a través de la práctica directa. Como explicaba un criancero trashumante entrevistado:

(...) para construir una majada me fijo que salga temprano el sol, para que abrigue las cabras y levantarse temprano, y que no pegue el viento. Tiene que haber tronco de varilla para construir. Las llevo con un cordel al hombro y llevo un riel (viga) para la cumbre del techo, después se amarra. Eso lo aprendí mirando, es como armar una casa con cosas del monte y alambre. Las majadas que están más abajo (altura geográfica) están hechas de pircas (piedras) porque están más cerca del río, y más arriba están hechas de varilla o de tola que es más firme y no clava, no tiene espinas. Algunos les ponen plástico arriba de las varillas para el frío.
(Criancero trashumante, comunicación personal, febrero de 2021)

Esta explicación revela criterios sofisticados para la selección de sitios y materiales, así como conocimientos técnicos específicos que combinan consideraciones prácticas (protección climática, facilidad de construcción) con la adaptación a recursos localmente disponibles. La transmisión de este conocimiento ocurre principalmente a través de la observación directa y la participación gradual en actividades constructivas desde temprana edad, constituyendo un ejemplo paradigmático de aprendizaje situado dentro de comunidades de práctica.

Un hallazgo particularmente significativo del trabajo de campo concierne a la temporalidad extendida asociada a las majadas. Se documentaron casos de majadas que, tras décadas de abandono, han sido reactivadas por nuevas generaciones de trashumantes en respuesta a cambios en condiciones climáticas, oportunidades económicas o dinámicas familiares. Esta constatación desafía concepciones simplistas que podrían interpretar el abandono temporal como evidencia de “desaparición” de prácticas trashumantes. Esta perspectiva revela una concepción del tiempo y el espacio que trasciende marcos temporales limitados, reconociendo ciclos de uso y abandono que pueden extenderse por generaciones mientras mantienen su significado y potencial dentro del sistema territorial trashumante.

La distribución espacial de las majadas documentadas muestra patrones significativos que reflejan tanto adaptaciones a condiciones ecológicas como lógicas sociales de organización territorial. La densidad de majadas es notablemente mayor en zonas de transición ecológica y cerca de fuentes de agua permanentes, evidenciando la importancia crucial del acceso hídrico en la configuración del sistema de asentamientos.

3.2 Tipología y funciones de las majadas

El análisis sistemático de las majadas documentadas permite establecer una tipología funcional que distingue entre majadas primarias y secundarias, diferenciadas por su importancia relativa dentro del ciclo trashumante, tiempo de ocupación, infraestructura disponible y ubicación geográfica. Esta diferenciación revela la complejidad del sistema de asentamientos trashumantes, que lejos de ser homogéneo, presenta especializaciones adaptadas a diferentes momentos del ciclo anual y necesidades específicas de la actividad pastoril.

Las majadas primarias o principales son aquellas donde las familias trashumantes pasan la mayor parte de su tiempo durante el ciclo anual, constituyendo los núcleos más estables y desarrollados del sistema de asentamientos. Típicamente se ubican en zonas bajas e intermedias, cercanas a cursos de agua permanentes, y son utilizadas principalmente durante el período invernal (invernadas). Estas majadas suelen presentar infraestructuras más elaboradas y permanentes, incluyendo construcciones habitacionales más sólidas, corrales más extensos y frecuentemente estructuras complementarias como bodegas, cocinas exteriores o espacios específicos para la elaboración de productos derivados. Su ubicación estratégica, generalmente más cercana a centros poblados donde pueden acceder a servicios públicos, las convierte en importantes puntos de articulación entre las redes de movilidad trashumante y las estructuras administrativas y servicios estatales.

Las majadas secundarias, en contraste, son aquellas ocupadas por períodos más breves, funcionando como lugares de paso o estaciones intermedias dentro de los recorridos. Su infraestructura tiende a ser más simple y funcional, adaptada a ocupaciones temporales que pueden variar desde algunos días hasta unas pocas semanas. Estas majadas secundarias se distribuyen estratégicamente a lo largo de las rutas, creando puntos de apoyo que facilitan los desplazamientos entre invernadas y veranadas, o entre diferentes sectores de pastoreo dentro de una misma temporada. Su ubicación responde principalmente a consideraciones logísticas relacionadas con los tiempos de desplazamiento del ganado, la disponibilidad de agua y forraje en ruta, y la necesidad de establecer descansos estratégicos durante traslados prolongados.

Además de esta distinción funcional básica, las majadas pueden categorizarse según su uso estacional específico, identificando majadas de invernada, primavera y veranada, cada una con características particulares adaptadas a las necesidades específicas de cada momento del ciclo anual. Las majadas de primavera, ubicadas típicamente en zonas intermedias de precordillera, adquieren especial importancia durante el período crítico de parición del ganado caprino, cuando se requieren condiciones climáticas más favorables y protegidas para las crías recién nacidas. Como explicaba un criancero entrevistado:

(...) Ahí conseguimos nosotros, un caballero nos presta ahí, le dejamos arregladito el corral, que es muy antiguo, él nos presta ahí, no es majada de nosotros, yo fui a hablar con el caballero y me dijo que no había problema, póngase no más. La parición fue ahí, tuvimos tanto que trabajar había que hacer sombra para los cabritos, son muy chiquitos para largarlos. Hay que levantarse a las 5 de la mañana, y se almuerza a las 5 de la tarde, es mucha pega.

(Criancero trashumante, comunicación personal, febrero de 2021)

Este testimonio ilustra tanto la intensidad del trabajo asociado a momentos críticos como la parición, como los arreglos sociales flexibles que permiten acceder temporalmente a infraestructuras específicas cuando son necesarias, evidenciando la complejidad de las redes sociales que sustentan la viabilidad del sistema trashumante más allá de la propiedad formal de las instalaciones.

Las majadas de veranada, que constituyen los asentamientos más altos altitudinalmente, ubicados típicamente por encima de los 3.000 msn en zonas cordilleranas, representan espacios privilegiados para la producción de quesos, aprovechando la mayor disponibilidad de leche durante este período estival, cuando las cabras se alimentan de pastos cordilleranos altamente nutritivos. La elaboración quesera constituye una actividad económica fundamental para estas familias, generando productos de alto valor cultural y comercial que complementan significativamente su economía. Esta actividad requiere infraestructuras específicas dentro de las majadas de veranada, incluyendo espacios para el procesamiento de la leche, herramientas especializadas como fondos (ollas grandes) para hervir, prensas para quesos, y alacenas o bodegas improvisadas para el almacenamiento y maduración de los productos elaborados.

El ciclo de movilidad entre estas diferentes categorías de majadas no es una respuesta mecánica a factores climáticos o forrajeros, sino que incorpora consideraciones sociales, culturales y económicas que configuran un calendario complejo de actividades y desplazamientos. Festividades tradicionales, compromisos familiares, oportunidades comerciales específicas y eventos comunitarios se entrelazan con factores ecológicos en la determinación de los ritmos de movilidad, evidenciando la multidimensionalidad del fenómeno trashumante que integra aspectos materiales y simbólicos en una práctica territorial holística (Huiliñir, 2015).

3.3 Propiedad, uso y gestión comunitaria de las majadas

Un aspecto central de la territorialidad trashumante concierne a los mecanismos de propiedad, uso y gestión de las majadas, que combinan elementos de derecho consuetudinario con prácticas flexibles de acceso y compartición. Estas majadas, elementos cruciales de la infraestructura trashumante, no se ajustan fácilmente a los marcos jurídicos convencionales de propiedad, operando bajo un sistema consuetudinario complejo que genera tensiones crecientes con los regímenes formales de propiedad territorial impuestos por el Estado y el mercado.

El trabajo etnográfico desarrollado reveló que la mayoría de las majadas no poseen títulos formales de propiedad según la legislación vigente, sino que se rigen por códigos culturales específicos que determinan su pertenencia y las condiciones para su uso. Esta situación genera una vulnerabilidad jurídica creciente frente a procesos de formalización territorial que tienden a privilegiar títulos escritos sobre derechos consuetudinarios, especialmente en contextos de creciente presión por recursos territoriales valiosos como agua, minerales o potencial energético.

En el sistema consuetudinario documentado, la majada pertenece fundamentalmente a quien la construyó originalmente, estableciendo una forma de propiedad basada en el trabajo invertido y el uso histórico, no en documentos legales. Como explicaba un criancero trashumante entrevistado:

(...) hay códigos, por ejemplo si mi papá hizo una majada, y yo soy criancero igual yo no me pongo ahí, ahí se respeta, siempre hemos tenido atados (conflictos) con los que se pasan de listos... hay códigos, entonces no podemos usar la majada de él, porque él la hizo, es de él, porque siempre la ha ocupado y yo no puedo entrar ahí, y si nos alojamos ahí, le avisamos “¿sabes qué?, vamos a estar unos días allí en tu majada”, entonces se le avisa pero no llegamos y nos instalamos, y él siempre les dice u otra persona les dice “claro o bueno pero me dejan igual”.

(Criancero trashumante, comunicación personal, febrero de 2021)

Este testimonio revela elementos fundamentales del sistema consuetudinario: el reconocimiento de derechos basados en la construcción original y el uso histórico; el respeto generalizado a estos derechos dentro de la comunidad trashumante; la existencia de mecanismos sociales para sancionar transgresiones; y simultáneamente, la flexibilidad que permite usos temporales bajo ciertas condiciones, especialmente cuando las majadas están en desuso por sus “propietarios” consuetudinarios.

Esta concepción de propiedad difiere significativamente de la propiedad privada formal que caracteriza a los regímenes jurídicos modernos. Mientras la propiedad privada convencional se define por derechos exclusivos y absolutos sobre un bien delimitado, la “propiedad” consuetudinaria de las majadas incorpora inherentemente dimensiones de acceso condicional y uso compartido bajo ciertas circunstancias. Como señala Haesbaert (2013), estas formas de territorialidad no deben interpretarse como “imperfectas” o “incompletas” respecto al modelo de propiedad privada, sino como expresiones de concepciones alternativas del territorio que priorizan el uso sobre la posesión exclusiva, y la flexibilidad adaptativa sobre la delimitación rígida.

La creciente penetración de lógicas formales de propiedad en territorios tradicionalmente gestionados bajo estos sistemas consuetudinarios genera tensiones significativas que amenazan la viabilidad del sistema trashumante. La imposición de delimitaciones catastrales estrictas, la titulación individual de tierras anteriormente utilizadas bajo regímenes comunitarios o consuetudinarios, y el creciente valor comercial del suelo en ciertas áreas han generado conflictos territoriales que dificultan el mantenimiento de prácticas trashumantes.

Frente a estas presiones, las comunidades trashumantes han desarrollado estrategias diversas que incluyen: la formalización parcial de derechos a través de instrumentos como servidumbres de paso o derechos de uso; la negociación directa con propietarios formales para mantener accesos históricos; la articulación con organizaciones de la sociedad civil para visibilizar y defender sus derechos consuetudinarios.

Estas estrategias evidencian tanto la vulnerabilidad como la resiliencia de los sistemas territoriales trashumantes frente a la expansión de lógicas formales de propiedad. Por un lado, la falta de reconocimiento jurídico de sus derechos consuetudinarios los sitúa en posición de desventaja en contextos de creciente presión territorial; por otro, su capacidad adaptativa y la legitimidad cultural de sus prácticas les han permitido desarrollar formas creativas de persistencia que combinan adaptación, negociación y resistencia según las circunstancias específicas de cada contexto.

3.4 Majadas como espacios de vida familiar y transmisión cultural

Las majadas trascienden ampliamente su funcionalidad productiva, constituyendo verdaderos espacios sociales donde se reproduce la vida familiar, se transmiten conocimientos intergeneracionales y se mantienen vivas tradiciones culturales fundamentales para la identidad trashumante. Esta dimensión sociocultural de las majadas resulta crucial para comprender su significado profundo dentro del sistema trashumante, más allá de su evidente rol como infraestructura física para el pastoreo.

El trabajo etnográfico reveló que las majadas funcionan como núcleos de intensa vida social durante sus períodos de ocupación, particularmente en momentos como la veranada, cuando pueden convocar a miembros de la familia extendida que durante otros períodos permanecen en asentamientos permanentes por razones laborales, educativas o de salud. Estos encuentros estacionales en majadas específicas configuran espacios privilegiados para la socialización familiar, el reforzamiento de vínculos comunitarios y la transmisión de conocimientos especializados que sustentan la continuidad del modo de vida trashumante.

Sin embargo, las transformaciones sociales contemporáneas, particularmente la integración creciente al sistema educativo formal y los procesos de migración rural-urbana, han modificado significativamente estos patrones tradicionales de convivencia y aprendizaje, generando nuevas tensiones y desafíos para la reproducción cultural del modo de vida trashumante. La escolarización de niños y jóvenes, esencial para su integración en la sociedad contemporánea, ha generado simultáneamente una ruptura parcial en los mecanismos tradicionales de transmisión de conocimientos, que históricamente ocurrían a través de la participación directa en actividades productivas desde temprana edad.

Esta situación ha producido una modificación en los patrones de movilidad familiar, generando una división donde típicamente mujeres y niños permanecen en asentamientos permanentes durante el período escolar, mientras los hombres continúan con prácticas móviles adaptadas a las necesidades del pastoreo. Esta fragmentación de la unidad familiar móvil tradicional genera tensiones evidentes entre las exigencias de la vida trashumante y las demandas de instituciones sedentarias como la escuela, obligando a las familias a desarrollar estrategias adaptativas complejas para conciliar ambas dimensiones.

La división temporal de la unidad familiar tiene implicaciones significativas para la transmisión de conocimientos tradicionales. Históricamente, niños y jóvenes aprendían las habilidades necesarias para la vida trashumante a través de la observación directa y la participación gradual en actividades como el manejo animal, la construcción de infraestructuras, la elaboración de productos derivados o la navegación territorial. Este aprendizaje situado, inmerso en la práctica cotidiana e inseparable de la socialización familiar, constituía el mecanismo fundamental para la transmisión del complejo *corpus* de conocimientos ambientales, técnicos y sociales que sustenta el modo de vida trashumante (Rodríguez, 2004).

La reducción del tiempo que niños y jóvenes pasan participando directamente en actividades trashumantes, consecuencia directa de su integración al sistema educativo formal, ha debilitado parcialmente estos mecanismos tradicionales de transmisión, creando brechas potenciales en la continuidad del conocimiento trashumante. Esta

situación se agudiza en contextos donde la migración rural-urbana, particularmente intensa entre jóvenes que buscan oportunidades educativas o laborales en centros urbanos, genera distanciamientos prolongados o permanentes de los territorios y prácticas trashumantes.

Frente a estos desafíos, las comunidades han desarrollado estrategias adaptativas para mantener la transmisión cultural en nuevas condiciones. Una estrategia fundamental consiste en intensificar la inmersión práctica durante los períodos de reunificación familiar, particularmente durante las vacaciones escolares que coinciden estratégicamente con la temporada de veranada.

La majada durante la veranada constituye un espacio particularmente significativo para estos procesos de transmisión cultural intensificada, donde se comparten conocimientos prácticos en el contexto real de su aplicación. Durante estos períodos, abuelos, padres, niños y jóvenes conviven en el espacio de la majada, participando colaborativamente en actividades como el rodeo, el marcado de animales, la tusa de caballos, la castración, la elaboración de quesos o la construcción y mantenimiento de infraestructuras. Esta convivencia intergeneracional intensiva permite transmitir no solo técnicas específicas sino también valores, percepciones y relaciones con el territorio que configuran la identidad cultural trashumante.

La majada se configura, así como un componente fundamental de lo que Manríquez *et al.* (2019) denominan “paisaje biocultural”, donde prácticas culturales situadas coproducen territorios cargados de significados que trascienden su funcionalidad económica inmediata. Este enfoque reconoce que las infraestructuras trashumantes no son meros elementos físicos, sino materializaciones de conocimientos, relaciones sociales y cosmovisiones que se actualizan continuamente mediante el uso y la transmisión intergeneracional.

La concepción del territorio como paisaje en movimiento (Miranda, 2021) resulta particularmente relevante para comprender las majadas trashumantes, que no constituyen puntos fijos sino nodos dinámicos dentro de un sistema territorial caracterizado por flujos estacionales de personas, animales y conocimientos, donde lo ritual y lo productivo se entrelazan en la configuración de espacios significativos.

Así, las majadas constituyen espacios donde convergen estructuras de parentesco, prácticas productivas y procesos de transmisión cultural, funcionando simultáneamente como infraestructura material para la producción y como espacio simbólico para la reproducción social y cultural. Lejos de ser un punto en el espacio o una estructura física, la majada constituye un nodo territorial complejo donde se materializan y reproducen las relaciones sociales, económicas, ecológicas y culturales, que definen el modo de vida trashumante en su integralidad.

Conclusiones

A partir del trabajo etnográfico desarrollado entre comunidades trashumantes del Norte Chico chileno, esta investigación ha documentado y analizado las estrategias adaptativas que estos grupos implementan frente a transformaciones territoriales contemporáneas. Los hallazgos evidencian que, lejos de representar un vestigio arcaico en vías de desaparición, la trashumancia constituye un sistema socioecológico dinámico y adaptativo cuya persistencia se basa precisamente en su capacidad para reconfigurarse continuamente, manteniendo sus principios fundamentales de organización territorial.

La investigación ha permitido documentar comprensivamente el funcionamiento de las redes de trashumancia en el Norte Chico, identificando alrededor de 400 majadas y reconstruyendo las principales áreas y corredores de movilidad estacional. Este mapeo sistemático revela un sistema territorial extenso y complejo, abarcando aproximadamente entre 10.000 y 20.000 km², con patrones de movilidad que articulan diferentes pisos ecológicos y se adaptan a las condiciones microclimáticas y ecológicas específicas de cada zona. La magnitud espacial documentada evidencia la importancia territorial de estas prácticas, frecuentemente subestimadas en análisis convencionales del uso del espacio rural en Chile.

El análisis etnográfico ha evidenciado cómo el sistema de majadas funciona como una sofisticada “infraestructura de movilidad” que permite a los pastores adaptar sus patrones de asentamiento a condiciones ambientales y sociales cambiantes. La documentación de prácticas de construcción, abandono, reocupación y préstamo de majadas revela un sistema de gestión territorial que combina elementos de apropiación individual con mecanismos colectivos de acceso y uso, constituyendo un modelo alternativo a los conceptos convencionales de tenencia de la tierra basados en la propiedad privada exclusiva y permanente.

La investigación ha identificado mecanismos específicos de adaptación desarrollados por las comunidades trashumantes frente a presiones contemporáneas como la expansión minera, las restricciones de acceso territorial,

los impactos del cambio climático y las transformaciones en estructuras familiares y educativas. Estas estrategias adaptativas incluyen: la flexibilización de patrones de movilidad mediante la diversificación de rutas y ajustes en la temporalidad de desplazamientos; la diversificación económica hacia actividades complementarias como la pirquinería y la producción de carbón, que aprovechan la misma infraestructura de movilidad; la negociación activa de nuevos acuerdos de acceso con propietarios privados o instituciones; y la reconfiguración de mecanismos de transmisión cultural que intensifican la inmersión práctica durante períodos específicos para compensar la menor participación cotidiana de niños y jóvenes en actividades trashumantes debido a su integración en sistemas educativos formales.

A partir de estos hallazgos, se establecen dos conclusiones principales sobre la organización sociocultural de la forma de vida trashumante en el Norte Chico chileno y su persistencia frente a transformaciones territoriales contemporáneas:

En primer lugar, las áreas de caminos trashumantes documentadas evidencian una complejidad territorial que trasciende su funcionalidad económica inmediata, constituyendo un sistema de conocimiento ambiental materializado en el espacio. Estos circuitos de movilidad son producto de una construcción histórica colectiva que articula conocimientos ecológicos, prácticas culturales específicas y estrategias adaptativas continuamente actualizadas. La persistencia de estas redes en el siglo XXI, a pesar de múltiples presiones territoriales, evidencia la resiliencia de estos grupos, capaces de adaptarse a nuevos contextos sin perder sus características esenciales. Esta resiliencia no implica inmutabilidad, sino precisamente la capacidad para reconfigurarse preservando funciones y principios fundamentales mientras se adaptan aspectos específicos a nuevas realidades.

En segundo lugar, las prácticas trashumantes contemporáneas reflejan una hibridación dinámica entre elementos tradicionales y nuevas formas de organización social y territorial. Esta hibridación se manifiesta particularmente en la gestión de las majadas, que mantienen principios constructivos y organizativos ancestrales mientras incorporan selectivamente materiales contemporáneos, tecnologías modernas y se adaptan a demandas sociales como la escolarización o la integración a mercados.

Este estudio demuestra que la persistencia de las prácticas trashumantes no puede entenderse como mera continuidad histórica inercial, sino como resultado de estrategias activas de adaptación y resistencia donde tradición e innovación se entrelazan constantemente en respuesta a nuevos desafíos. Frente al cambio climático, las comunidades trashumantes han modificado tiempos de movilidad, reconfigurado rutas y adaptado prácticas de manejo ganadero; ante la expansión de actividades extractivas, han negociado accesos, diversificado actividades económicas y visibilizado sus derechos territoriales históricos; frente a transformaciones sociales como la escolarización y la migración, han desarrollado mecanismos alternativos de transmisión cultural que mantienen vigentes conocimientos esenciales para su modo de vida.

Los crianceros trashumantes del Norte Chico han demostrado una notable capacidad para interpretar cambios en sus contextos territoriales y desarrollar respuestas estratégicas basadas en su profundo conocimiento del espacio regional, sus recursos y dinámicas. Su persistencia como modo de vida, a pesar de crecientes presiones convergentes, evidencia tanto la efectividad de estas estrategias adaptativas como la vigencia cultural de un modo de relación con el territorio que, paradójicamente, puede ofrecer lecciones valiosas para la gestión sostenible de espacios en contextos de creciente variabilidad climática.

Esta investigación contribuye a debates sobre territorialidades alternativas, gestión de ecosistemas y reconocimiento de derechos consuetudinarios en contextos de presión territorial. Los hallazgos demuestran la necesidad de marcos conceptuales y jurídicos que reconozcan formas de territorialidad no sedentarias, superando concepciones que privilegian exclusivamente modelos de propiedad privada permanente. La especificidad del Norte Chico, región semiárida con población mestiza, ganado caprino, e integración histórica a mercados, diversifica el espectro conocido de trashumancia chilena más allá de casos andinos de altura con poblaciones indígenas y camélidos. Los mecanismos adaptativos documentados (reconfiguración de rutas, diversificación económica, adaptación de transmisión cultural) ofrecen conocimiento transferible para gestión sostenible de territorios áridos en contextos de cambio climático global.

En un contexto global donde la adaptación a condiciones climáticas cambiantes representa un desafío creciente, el estudio de modos de vida como la trashumancia, desarrollados precisamente para gestionar eficientemente recursos heterogéneos y variables, ofrece perspectivas valiosas que podrían informar estrategias más amplias de adaptación territorial.

Es necesario explicitar las limitaciones de este estudio para contextualizar adecuadamente sus alcances. Primero, la investigación se concentra temporalmente en el período 2020-2021 y espacialmente en la provincia del Huasco, reconocida por su particular vitalidad trashumante; esto proporciona profundidad analítica, pero limita la generalización inmediata a otras áreas del Norte Chico donde la trashumancia puede presentar configuraciones distintas. Segundo, aunque el análisis integra información histórica, el trabajo etnográfico captura un momento específico en trayectorias de cambio de largo plazo; estudios longitudinales futuros permitirían comprender mejor las dinámicas temporales de adaptación y evaluar la viabilidad a largo plazo de las estrategias documentadas. Tercero, si bien se documentan percepciones y prácticas de crianceros trashumantes, aspectos como dimensiones de género en la división del trabajo trashumante o efectos ecológicos específicos del pastoreo móvil sobre composición vegetal y ciclos de nutrientes requieren investigación adicional especializada. Estas limitaciones no invalidan los hallazgos presentados, sino que señalan direcciones productivas para investigaciones futuras que profundicen y expandan la comprensión del fenómeno trashumante.

La trashumancia del Norte Chico chileno constituye así, no meramente un objeto de preservación cultural, sino un repositorio vivo de conocimientos socioecológicos con relevancia contemporánea para la gestión sostenible de territorios semiáridos en contextos de creciente incertidumbre ambiental.

Referencias Finales

- Aguilera, J.
(2022). *Comuna de la Higuera, su gente y su Historia*. Ilustre Municipalidad de la Higuera.
- Aranda, X.
(1970). Algunas consideraciones sobre la trashumancia en el Norte Chico. *Investigaciones Geográficas: Una Mirada Desde El Sur*, 20, 141–169. <https://doi.org/10.5354/0719-5370.1970.32844>
- Beaud, S.
(2018). El uso de la entrevista en las Ciencias Sociales. En defensa de la “entrevista etnográfica”. *Revista Colombiana de Antropología*, 54 (1), 175—218.
- Berkes, F. & Folke, C.
(1998). *Linking Social and Ecological Systems: Management Practices and Social Mechanisms for Building Resilience*. Cambridge University Press.
- Boisier, J. P., Rondanelli, R., Garreaud, D. & F. Muñoz.
(2016). Anthropogenic and natural contributions to the Southeast Pacific precipitation decline and recent megadrought in central Chile. *Geophysical Research Letters*, 43 (1), 413—421.
- Campos, L.
(2005). *Diagnóstico Sociocultural de la Etnia Diaguita del Huasco Alto, Vallenar, Tercera Región. Informe Sobre Identidad y Relaciones Interétnicas en el Huasco Alto*. Tomo VI.
- Censo Jeneral de la República de Chile levantado el 19 de abril de 1865*.
(1866). Imprenta Nacional.
- Chambers, R. & G. Conway.
(1992). *Sustainable Rural Livelihoods: Practical Concepts for the 21st Century. Discussion Paper 296*. Institute of Development Studies.
- De Jong, I., Cordero, G. & Alemano, M. E.
(2022). Pensando la tierra adentro. La territorialidad indígena en las pampas y la Patagonia (1750-1850). *Diálogo Andino*, 68, 21—34.
- Del Pozo, E.
(2004). *De la Hacienda a la Mundialización: Sociedad, Pastores y Cambios en el Altiplano Peruano*. Vol. 23. Instituto de Estudios Peruanos.
- Göbel, B.
(2002). La arquitectura del pastoreo: uso del espacio y sistema de asentamientos en la Puna de Atacama (Susques). *Estudios Atacameños*, 23, 53—76.

- Haesbaert, R.
(2013). Del mito de la desterritorialización a la multiterritorialidad. *Cultura y Representaciones Sociales*, 8 (15), 9—42.
- Hevilla, M. & M. Molina.
(2010). Trashumancia y nuevas movi­lidades en la frontera argentino-chilena de los andes centrales. *Revista Transporte y Territorio*, 3, 40—58.
- Hidalgo, H.
(2004). *Historia Andina en Chile*. Editorial Universitaria.
- Huiliñir, V.
(2015). Los senderos pehuenches en Alto Biobío (Chile): articulación espacial, movilidad y territorialidad. *Revista de Geografía Norte Grande*, 62, 47—66.
- Jurado, J.
(2013). Recorridos por el desierto colonial: el itinerario del Padre Jossef Redhead por la Puna de Jujuy hacia fines del siglo XVIII. En A. Benedetti y J. Tomasi (Eds.), *Espacialidades Altoandinas. Nuevos Aportes Desde la Argentina. Interacciones con el "Mundo de Afuera"* (pp. 29—62). Editorial FFyL-UBA.
- Lacoste, P.
(2018). El arriero y el transporte terrestre en el Cono Sur (Mendoza, 1780-1800). *Revista de Indias*, 68 (244), 35—68.
- Livenais, P. & Aranda, X.
(2018). *Dinámicas de los Sistemas Agrarios en Chile Árido: La región de Coquimbo*. IRD Éditions.
- Lorca, M.
(2005). *La Criancería en la Cordillera del Huasco Alto. ¿Transformación o Pérdida? Diagnóstico Sociocultural de la Etnia Diaguita de la Región de Atacama*. SERPLAC Atacama.
- Manríquez, H., P. Mansilla & A. Moreira.
(2019). Hacia una conservación integrada del paisaje biocultural de Atacama. *Diálogo Andino*, 60, 141-152.
- Marchant, C.
(2019). La práctica trashumante pehuenche en la Araucanía andina: una forma de construir y habitar los territorios de montaña del sur de Chile. *Revista de Geografía Norte Grande*, 74, 187-206.
- Miranda, M.
(2021). El paisaje en movimiento, una integración del territorio de Caspana desde lo ritual a lo ancestral. *Diálogo Andino*, 65, 357-377.
- Molina, R.
(2013). Diaguitas: emergencia étnica y dialéctica de las relaciones y conflictos en el Huasco Alto. En *Pueblos Originarios y Sociedad Nacional en Chile: La Interculturalidad en las Prácticas Sociales* (pp. 115-127). PNUD.
- Olea, P. & P. Mateo.
(2011). La importancia ecológica de la trashumancia. *Investigación y Ciencia*, 414, 12—14.
- Rivera, M. & J. Dodd.
(2013). Domesticando el desierto, medio ambiente y ocupaciones humanas en Ramaditas, desierto de Atacama. *Diálogo Andino*, 41, 45—60.
- Rodríguez, M.
(2004). The stock raising culture of transhumant herders. En R. G. H. Bunce, M. Pérez, R. H. G. Jongman, A. Gómez, F. Herzog & I. Austad. *Transhumance and Biodiversity in European Mountains. Report from the EU-FP5 Project Transhumount (EVK2-CT-2002-80017)* (pp. 277-282). Alterra, Wageningen UR.
- Tapia, A.
(2017). El diálogo entre la cultura y la naturaleza como estrategia para la adaptación al cambio y variabilidad climática en el altiplano del norte chileno. *Diálogo Andino*, 54, 3—5.